

barrios enteros como Nerón, darse á la magia como Heliogábalo, invocar á Venus como los sacerdotes de Chipre, y tomar la copa rebosante de vino embrujado para beber y brindar en honor de Satanás y del infierno. Tras tales insultos sobrevino lo que no podía menos de sobrevenir, el destronamiento, pues era imposible desacatar al Papa de palabra y no deponerlo de hecho, dada la dura ley de la venganza que regía en estos tiempos de crueldad implacable. Y al par que el sínodo, ó concilio, ó cónclave, pues no sabemos cómo llamarle propiamente, destituía de esa suerte á Juan XII, Othon usurpaba al pueblo romano la facultad de nombrar los Papas y la asumía en sus extensas facultades imperiales. Así, Juan XII, huído de Roma, acampado en próximo campamento, cabeza más de un ejército feudal que de un colegio cardenalicio, en armas alzado mientras todas las frentes se inclinaban y todos los ojos se oscurecían al esplendor de la corona imperial, tornaba gradualmente á recobrar los ánimos antes desasidos de él, siquiera por representar, al fin y al cabo, el patriciado romano, y por tener en el universal apocamiento y en la universal humillación mucha más independencia y mucha más entereza que todos los obispos. La reacción creció al ver que le sucedía un laico, protonotario apostólico, de dura condición, de áspero natural, y hecho por el prelado Sicono, de improviso, ostiario, lector, acólito, subdiácono, sacerdote, obispo, cardenal, con lo que recorrió en un día el espacio mediante entre la puerta y el trono de la Iglesia. Nada tan natural como que se concitaran poco á poco en contra del nuevo régimen los ánimos y se decidieran á combatirlo con la ciega y heroica resolución de quienes, en su entusiasmo, no aprecian las dificultades y no miden las distancias entre los propósitos y su cumplimiento, entre los proyectos y su realización. Las gentes salían de Roma en pos del Papa depuesto á recordarle cómo su padre le pusiera por nombre Octaviano á fin de que ganase gloria semejante á la gloria ganada por el organizador de la autoridad imperial en los antiguos tiempos. Los señores bajaban de sus riscos é iban donde se oía resonar el clarín guerrero. Suspiraba la clase popular por la libertad eclipsada tras la corona del César extranjero, y hasta las señoras romanas deseaban ver al joven Papa engendrado en sus orgías, nacido en sus palacios, galante cual ninguno, que despeía el calor de la vida en aquella población de la muerte y derramaba la alegría sobre las ruinas coronadas por tristes y austeros monasterios. Arreglado ya el antiguo conflicto y elegido el nuevo Pontífice, estaba Othon para partirse de Roma en la mañana del 3 de Enero de 964 cuando las campanas tocan á rebato, los aires resuenan con discordes gritos, las armas vibran, las casas se tapián como para una resistencia desesperada, las calles se muran como fortalezas, y un asalto terrible se decide contra el Vaticano, donde residía el César, que hubo de expedir contra los romanos su gente más feroz, la cual se cebó y ensañó y ensangrentó en ellos como en los pajarillos los milanos, dejando por todas partes cruentas señales de su fuerza y cediendo después de largas horas de desquite al mandato del emperador compadecido y apenado á la desolación y á la mo-

tanza. Una semana después, satisfecho su agravio con la victoria y juramento del pueblo á obodecerle, salía de Roma por una puerta mientras entraba Juan XII por la otra, obligando á León VIII á refugiarse en Camerino. Y en cuanto entró Juan XII reunió un cónclave, parecido al que lo depusiera, donde depuso él á su vez á León VIII, y comenzó sus respectivas venganzas. Movido de este sentimiento, aprisionó á Otgero, obispo de Epira; arrancó los ojos y la lengua al cardenal Juan; cortó una mano al protonotario Azzone. Y vuelto á su vida viciosa, entróse, á las pocas noches de su regreso, en la alcoba de una principal dama, y encontró su sepultura en el lecho de sus placeres á manos de su esposo ofendido, que le mató de un golpe en la cabeza, rematando dignamente así aquella criminal y procelosa vida. Su fama llegó á tanto extremo que las gentes le creyeron arrebatado por el diablo al mundo, y conducido en alma y cuerpo al infierno. ¿Creéis hallaros en la Edad Media cuando tal relato leáis? ¿No se os figura estar en plena revolución francesa? De aquí la guerra por las Investiduras; de aquí la liga lombarda en que triunfaron el siglo doce las repúblicas italianas; de aquí el choque terrible con los albigenses el siglo décimotercio; de aquí el cautiverio pontificio en Aviñón, cárcel guardada por los reyes franceses; de aquí el Cisma occidental; de aquí tantos hechos en serie y en sistema como engendraron la decadencia del poder eclesiástico y rompieron al mismo tiempo la tutela imperial sobre nuestra Europa de los Césares en Germania.

La monarquía cristiana, que murió en la guillotina de París con la triste persona de Luis XVI, tomó el siglo undécimo un carácter teocrático en la persona de Hildebrando. Con tal nombre fué conocido, antes de su exaltación al trono pontificio, el monje destinado á organizar la Iglesia católica durante aquel siglo undécimo, calificado por las historias cual uno de los más decisivos en las corrientes de los hechos y uno de los más memorables en los recuerdos de la humanidad. ¿Quién habrá dejado alguna vez de oír menciones ó ejemplos ó enseñanzas de Gregorio VII, como se llamara Hildebrando desde la primera hora de su pontificado hasta la postrer hora de su vida? Ochocientos años han transcurrido ya desde que murió, y ningún sucesor le ha superado en grandeza moral, porque ninguno venció tantas dificultades como él, ni dejó una obra de tanta importancia histórica. Con decir que á su inteligencia peregrina y á su voluntad indomable se debió la victoria y organización definitivas de un principio canónico tan importante para la Iglesia como el celibato de los clérigos, basta; y no hay para qué añadir una palabra más, explicativa del nombre legado por él á la posteridad, cada día más crecido en el juicio y estimación de los historiadores. Imposible todo conocimiento de las edades históricas, sino transportándose á su seno, y reviviendo en sus ideas, en sus instituciones, en sus creencias en la fase del espíritu que revelan y en el período de la vida que recorren. El año último de la décima centuria se presentaba en los ensueños medioevales como destinado á presenciar el Juicio final. Falsa interpretación de vulgar texto evangélico infundía la idea de una total

ruina del planeta, convertido en mares de pavesas una parte y evaporado otras en nubes de lágrimas. El reinado terrestre de Cristo sólo podía durar mil años y al cumplirse la noche milenaria de su nacimiento, resonarían las trompetas estridentísimas en el cielo y retemblarían los fundamentos de granito en la tierra, surgiendo precedido del relámpago y acompañado del trueno, sobre tempestades como en el Sinaí, Dios, á juzgar los vivos y los muertos, despertados éstos por los ángeles exterminadores en legiones de recalentados esqueletos, que revisten para la eternidad sus carnes. Así espresábanse las supersticiones entonces en el espíritu como las sombras en el espacio. Un sacerdote aseguraba en sus sermones haber visto á San Miguel decir la misa de difuntos por todas las criaturas humanas próximas á morir en aquel año. Otro invitaba con empeño los pueblos á que cada uno retuviese, por fuerza, sus santos patronos, si quier se valiesen para ello de condoteros y bandidos, pues podían partirse de sus altares al cielo, no teniendo nada que hacer por los míseros mortales sobre la tierra. En medio de todas estas supersticiones groserísimas, oíase un *Dies iræ* que parecía exhalado por las piedras mismas, según resonaba en todas partes, como si el humano linaje todo entero sintiera su postrimer agonía. El universo era un cementerio, los astros arañas urdiendo un sudario de tinieblas para envolver la extensión infinita en sus negruras. Menudeaban, por tanto, los extraños prodigios. Al ejército alemán se le apareció el sol como una lámpara incierta mortuoria puesta sobre un inmenso catafalco. El soldado español, no pudiendo impedir el traslado de las campanas de Santiago á los santuarios mahometanos de Andalucía, oyó tocar sus atambores infernales, con huesos por palillos, al diablo. Virtuosa Reina sintió que este maldito se deslizaba en su lecho nupcial revistiendo la figura del esposo partido á guerra con infieles. Un Papa mágico y hechicero, según vulgar é infundada creencia, decía la misa internal en los altares de San Pedro, é invocaba las brujas y los endriagos, en vez de invocar los santos y los ángeles. La humanidad se asemejaba entonces á esas figuras bizantinas que tienen la rigidez del frío en sus miembros y que miran espantadas con sus ojos inmóviles una interior visión de inenarrables terrores. La imposibilidad de trabajar en tal embargo de todas las facultades humanas dejó yermo el suelo; y la esterilidad del suelo trajo aparejada el hambre; y el hambre generó la peste; y la peste disolvió en los aires la muerte. Gieber cuenta que la carne se les desprendía del hueso á los míseros mortales en Aquitania. Por Oriente y Grecia los fuertes se apoderaban de los débiles, como los leones en los desiertos de las alimañas inermes, y los mataban, y los trucidaban, y los cocían ó los asaban para comérselos. Decíase que había puesto en Turner un carnicero pública venta de carne humana. Así, no era mucho, que se abrieran fosas en los campos y se acostaran las familias en sus senos, esperando juntas la última hora de todos, como los Ugolinos, pintados más tarde por el gran toscano poeta, en los subterráneos de Pisa. Jamás la guerra produjo estragos tales en el mundo como tan horrible terror teológico. Esta supersti-

ción de que acababa la tierra el año mil, no pudo ahuyentarse sino después que pasara tal año y no se cumpliera el terrible presagio. En cuanto el hombre reconoció que no le faltaba la tierra bajo los pies y no se le venía el cielo sobre la cabeza, pudo ya volverse hacia la materia social y su indispensable organización. Sí, al tránsito desde la edad antigua á la edad moderna, desde el mundo romano al mundo germánico no declara el Concilio de Nicea la divinidad de Cristo, ¿dónde hubiera ido á parar la divina eficacia del cristianismo para la educación del género humano? Pues en los fines del siglo décimo y en los principios del undécimo; desvanecida la secular autoridad y poder de los carolingios, roto el imperio, quebrantado á lo menos por la excesiva imaginación de los Othones y de sus inmediatos descendientes; fundada ya la sociedad feudal donde sólo se adoraba la fuerza y sólo se veía la guerra; recién nacidas las nacionalidades cristianas entre los dolores y la sangre que todo parto cuesta; esparcidos los normandos en el continente á virtud y por obra de su espada y de su tea, hubiérase perdido la civilización de no existir el Pontificado, sol que todo lo esclarecía con su lumbre, que todo lo vivificaba con su calor, que todo á sí lo atraía con su fuerza. Y como nadie practicara la doctrina cristiana, de no ser Cristo un Dios en la fe ingénua de los pueblos primitivos, nadie al Papa obedeciera, de no ser el Papa un demi-urgos, una especie de intermediario entre Dios y el hombre, con su tiara ceñida de corona, con su báculo semejante á cetro; besado en sus pies por todas las generaciones y ostentando sobre su cabeza las dos blanquísimas alas del Espíritu Santo. Él personificaba la doctrina de Cristo y la Iglesia universal; recogía el prestigio dimanado de las catacumbas católicas y el prestigio dimanado de las ruínas antiguas; se llamaba Pontífice por los doctores y por los mártires, como se llamaba Rey por los héroes y por los cónsules; y cual de las basílicas hizo los templos cristianos y de las estatuas antiguas las efigies litúrgicas y de los bajo-relieves las aras donde se ofrecía la hostia consagrada y la sangre vertida en el Calvario, hizo con la sombra de los antiguos Césares el Pontificado; y reinó sobre dominios que no habían tenido los Césares, sobre dominios infinitos y eternos, reinó sobre las almas. Necesitaba, pues, que en el siglo undécimo llegase la autoridad pontificia verdaderamente á su apogeo, y llegó con una inmortal personalidad, con la personalidad del monje Hildebrando, convertido en Gregorio VII. Cuanto más estudia uno las instituciones, menos puede creer en la improvisación milagrosa de su origen, como el que suelen atribuirle á una los hacedores de milagros políticos. Para entender bien la naturaleza del poder que hoy ejerce un Papa tan sabio como León XIII, y que ayer ejerció un Papa tan poderoso como Gregorio VII, hay que remontarse á los tiempos prehistóricos, representados en el vivo símbolo que se llamara Numa. Persona éste, como quiere la leyenda; ó personificación, como quiere la crítica, representa la primera síntesis de dos religiones opuestas y la primera reconciliación de dos pueblos enemigos como representa el Cristianismo la síntesis entre la religión de los arios y la religión

de los semitas en sus dogmas y la reconciliación del Oriente con el Occidente en su Iglesia. La unidad del mundo fué como el fin de la fundación del pueblo romano y como el objeto de todos los trabajos y esfuerzos de éste en la cuestión de los siglos. Y para servir el ministerio de la antigua Roma, se fundó el Pontificado pagano y para servir el ministerio de la Roma moderna, se fundó el Pontificado católico. Aquel trató de unir á la humanidad en un solo espíritu. ¿Cuál etimología este nombre de Pontífice tiene? Si alguna vez subís al Monte Aventino, coronado en tiempos antiguos por los tribunos, hoy por los penitentes, y os asomáis al mirador de Santa María, cuando las aguas del Tiber estén bajas, veréis los rotos estribos de un puente llamado Sublicio, en el cual detuvo un héroe de los romanos, Cocles, al rey de los etruscos, Porsena. Pues bien; este puente se construyó por los Pontífices, palabra que quiere decir hacedor de puentes, y que reduce la dignidad altísima del Pontificado en sus comienzos, al útil, pero poco litúrgico oficio, de un ingeniero de caminos en los tiempos modernos. Esta etimología no tiene duda; y para convencerse de ello no hay más que leer á Varron, el gran etimólogo romano. ¿Cómo el nombre, que han llevado Gregorio VII, Inocencio III, León X, tiene una significación tan opuesta con la corriente de ahora? Explícase por el carácter litúrgico, religioso, sacro, que alcanza la geografía misma en la Ciudad Eteana. Era necesario construir un puente amplio entre tierra que se creía litúrgica y tierra profana; para esto era necesario construir el puente Sublicio, especie de yugo puesto sobre la cerviz del dios Tiber, que no podía éste aceptar, sino después de desagraviado por los grandes sacrificios que á su culto presentaba y ofrecía la mayor autoridad religiosa de Roma, la sublime autoridad de los Pontífices.

Aunque colegiado el cuerpo de los antiguos Pontífices, como colegiado entre nosotros el cuerpo de los modernos cardenales, tuvo una cabeza llamada Pontífice Máximo, como tiene una cabeza que se denomina Papa el cardenalato. Nada tan hermoso en la Historia, cual aquella lucha pacífica de ochenta y más años entre la plebe y el patriciado, á cuyo término alcanza el derecho la clase popular en sus trabajos legales de optar al Pontificado máximo, y así nombra un Pontífice de tanta estatura moral como el inolvidable Coruneano. Con esplendor sumo este poder fué, allá en los tiempos buenos de la República, ejercido, hasta que las guerras civiles se desataron y sus crímenes produjeron arriba la dictadura perpetua y abajo la servidumbre irremediable. No había magistratura que pudiese convenir á los Césares como el Pontificado. Así el primero y mayor de todos nombró Pontífice á su heredero y sobrino Octavio. Y cuando, en algún rápido período, por los vaivenes consiguientes á todo cambio político, predominaron las legiones pretorianas con Antonio sobre la familia cesárea y augusta, nombró Antonio, movido al impulso de sus hartazgos y de sus borracheras, Pontífice un coadyuvador de todos los crímenes por él cometidos, el infame Lépido. Pero, en cuanto el imperio pudo ya establecerse, pasó al Emperador el Pontificado. Augusto hacía su casa palacio pontificio, presidiendo

el coro de todas las divinidades conocidas; Calígula nombraba, no ya cónsul, como quiere la tradición, pontífice á su caballo; Claudio escogía las vestales entre las princesas de su familia que nada tenían de vírgenes; Nerón mandaba en los desvaríos pontificios, batir moneda con el oro de las efigies sacras; Domiciano sentía celos de lo alto y conjuraba con fórmulas execratorias á los sacerdotes para que le inmolasen con todos los requisitos de la liturgia en holocausto rebaños enteros; Conmodo llevaba delante de sí con los lictores los flámenes y se ponía la corona de Apolo en sus sienes; Heliogábalo, erigido por la guardia pretoriana en Pontífice y Emperador, á los catorce años, nombróse Dios á sí mismo, y puesto de pie, como un simulacro vivo, sobre las aras antiguas, perdióse allá en las azules nubes de incienso y abrió con voluptuosidad la boca y las narices para respirar el olor despedido por los cuerpos de cien jóvenes aristocráticas inmoladas en horribles sacrificios. Todos estos crímenes, y otros mayores, trajo la confusión del Pontificado y del Imperio en una misma persona. De aquí la necesidad en que se hallaba el mundo, como había predicho y ordenado el Redentor, de separar el poder espiritual y el poder temporal, progreso incalculable, cuya virtud había encarecido Platón en su República, y cuyos cánones formulado el estoicismo por boca de sus maestros; pero no se había cumplido en siglos de siglos, á pesar de las promesas evangélicas, hasta que llegó el gran Gregorio VII al Pontificado, por lo cual habrán de bendecirle todas las generaciones y habrá de ocupar durante la sucesión de los siglos un sitio preeminentísimo en la humana Historia. Nació este varón excelso en Saona, trece años después de que pasara el año mil. Toscano fué, pues, como Dante, como Vinci, como Miguel Angel, como Maquiavelo, como los primeros hombres de Italia. Su familia, según unos, á manera que la familia de Cristo, estaba compuesta por pobres carpinteros, y, según otros, á manera que la familia de César, por nobles patricios. Muy niño lo envió la precavida madre á Roma, donde gozaba eclesiástico beneficio en Santa María del Aventino, un hermano suyo, más tarde obispo de Amalfi, que cuidó al sobrino Hildebrando con paternal solicitud. De sangre medio latina y medio germana éste, sumó calidades varias de ambos pueblos, uniendo con la imaginación y la voluntad y el genio sintético y el universal espíritu de los romanos el temperamento y la genialidad individualista de los alemanes. Toscana le mostró las tortuosidades políticas que tanto le sirvieran para su providencial finalidad, como Roma le surgió aquella idea de unidad á que dedicara toda su existencia. Gregorio tenía lo que tienen esos hombres, que llamaba representativos Hegel, una idea; y con una idea la incontrastable voluntad, muy deliberada y muy consciente, de cumplirla ó realizarla en el espacio y en la vida, tal como era en su espíritu y en su pensamiento. Desde Roma pasó á la nación católica por excelencia, que hay en el mundo, á Francia, y en Francia se recluyó en el monasterio de Cluny, donde llegó á prior, dignidad semejante á un Pontificado, aunque monástica. Quien estudia el movimiento más difícil de conocer sobre la